

RECORDANDO A DON JOSE AGUIAR GARCIA

POR

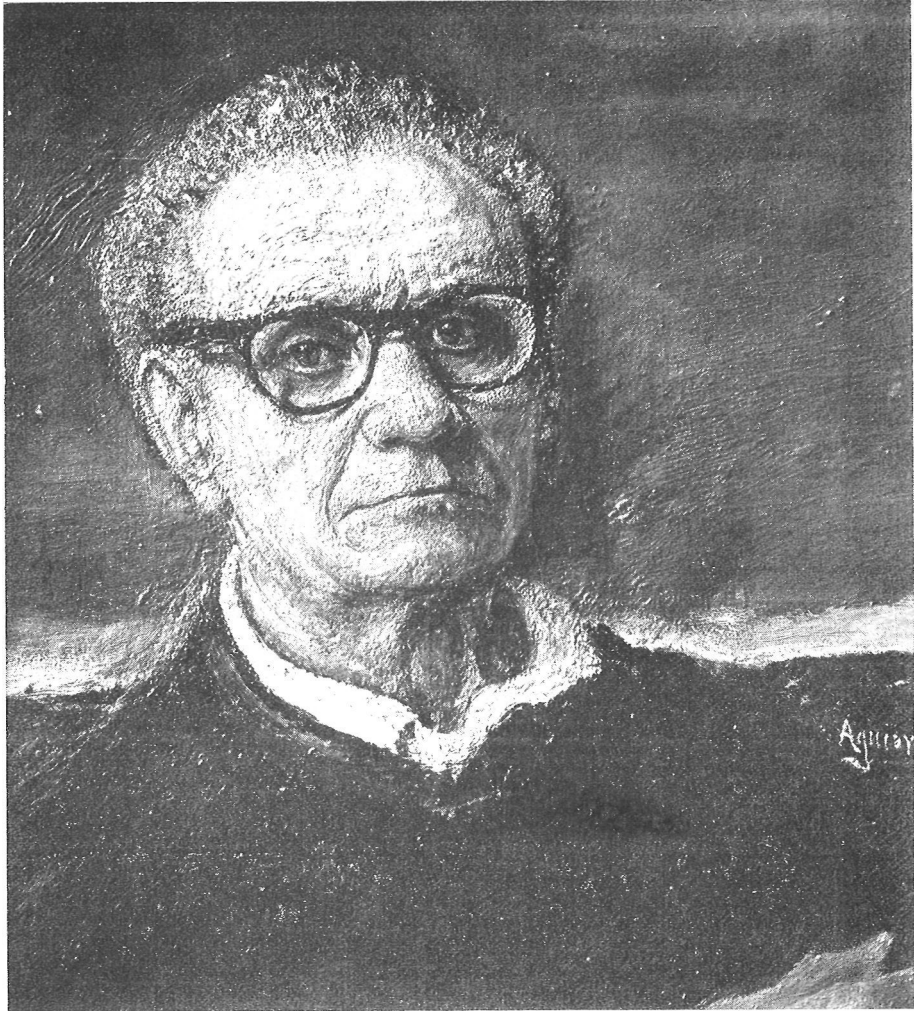
ENRIQUE PEREZ COMENDADOR

Y

C O M E N T A R I O

DE

ENRIQUE SEGURA



DON JOSÉ AGUIAR Y GARCÍA
(Autorretrato)

SE nos ha ido José Aguiar. Aquejado de enfermedad sin humano remedio, desde hacía varios meses sabíamos que su fin estaba cercano, mas la realidad del tránsito nos sume en dolor que, no lo dudo, comparten todos los señores académicos.

Amigo suyo desde los años veinte, nuestra amistad se hizo fraterna en el transcurso del tiempo y entrañable. Compartimos la vigilia afanosa de la obra en ejecución, logros, triunfos y también amarguras, que así es la vida del artista. Don José, como me placía cariñosamente llamarle, desde la niñez hasta que agotada su energía por la enfermedad sus manos desmayadas dejaron caer los pinceles, fue un ser inquieto, nervioso y aun a veces violento. En consecuencia, su carácter, obrar y hablar, su ímpetu desconcertante, le hacían aparecer lo que no era ante aquellos que bien no le conocían. No obstante, el fondo de su alma siempre elevado hacía que en cada alternativa, al final, la rectitud y la honradez imperasen en su ánimo y decisiones. La pasión por el arte, por el suyo de la pintura, por las artes del dibujo hermanas, por la música, por los artistas del pasado que admiraba y amaba, por las ideas y con alientos y personalidad desconocidos en nuestros días.

Aunque había nacido en Cuba, pasó en la Gomera su niñez y la juventud hasta los dieciocho años y ello fue determinante para aquel modo de ser suyo, configurando en buena medida su andadura por la vida. Al igual que su hermano Angel, hoy ilustre notario de Madrid, estudió Derecho, mas a él lo que le gustaba era dibujar, pintar, hacer figuras en barro. A pintar se entregó de lleno en seguida, abandonando la jurisprudencia. Pinta y dibuja en la Escuela Central de Bellas Artes de San Fernando. José Pinazo fue su primer maestro. Más tarde, pensionado por el Cabildo

Insular de La Gomera y por nuestra Academia —Pensión Conde de Cartagena—, marcharía a Italia, instalándose en Florencia. Massacio le apasiona y no menos Miguel Angel. Ambos por los conceptos y por las raíces, que no por las ideas y las formas, estarán después presentes en su obra y la inclinación de Aguiar por los grandes murales de ellos y del cuatrocientos italiano viene. En seguida, con este bagaje y su apasionado y tenaz aprendizaje, viene un caminar fructuoso y brillante por nuestro mundo de las artes. *Recompensas nacionales, la máxima, Medalla de Honor extraordinaria en Barcelona*, donde ya se le conoce como uno de los primeros pintores vivos por los años 40.

Cátedra, encargos importantes, y si al principio la lucha, las incidencias y obligaciones familiares le atosigaron no poco, después de la guerra muestra un ángel femenino —Carmen—, que entregándosele por entero y siendo compañera y colaboradora, estableció un orden en derredor suyo, empujándole, sosteniéndole a veces, que hicieron más fecunda su labor y su vida. Ha muerto bendiciéndola.

Contribuyó Aguiar con su obra no sólo a enriquecer nuestro acervo artístico contemporáneo, sino al prestigio de la pintura española más allá de las fronteras cuando, antes del caos dirigido que durante los últimos decenios ha sido norma de las exposiciones presentadas por España en el extranjero, los maestros eran llamados a representarla. Triunfó y la prestigió en las bienales de Venecia de entonces, en París, en el Medio Oriente, en Buenos Aires, Río de Janeiro, La Habana, etc. Académico asiduo, siempre se interesó por las tareas de la Academia y por cuanto aquí se debatía, mostrando no pocas veces su elocuencia y si la ocasión llegaba se honraba muy mucho de su calidad de Académico de San Fernando. Como se llenó de gratitud para la Corporación, abrazándola en el aire ya próximo a su fin, cuando Monseñor Sopena y quien os habla le visitamos portadores del noble desprendimiento y estimación para él de nuestros compañeros Marqués de Lozoya y César Cort. Fue la última y emotiva satisfacción que Aguiar experimentó.

Tuvo pluma fácil, versada, caudalosa como su oratoria, en razonamientos e ideas. Algunos artículos y epigramas escribió y aún tenía en ciernes un tratado sobre pintura a la encáustica, mas acuciado e impaciente por su propio arte no pudo prodigarse. Lafuente Ferrari que ha escrito no pocas páginas en elogio de Aguiar, refiriéndose al Aguiar escritor cuando le contesta y recibe en nuestra Academia, escribe: "Ya he dicho que el estilo es el hombre: el de Aguiar es paralelo al del Aguiar pintor y esta coherencia nos certifica su íntegra sinceridad. Esta sinceridad y esta pasión por su arte y por su oficio están siempre patentes en la conversación de Aguiar."

Que fecunda su labor. Que vida de artista la suya más llena y lograda. Sí, porque cuando nos lamentábamos del panorama artístico frívolo y confuso que vivimos acababa diciéndome entre violento y cariñoso: "Don Enrique, lo que importa es la obra, hacerla, el goce de hacerla, lo demás ¿qué más da?" Y pintaba, pintaba siempre con gran aliento, con miras elevadas, con fuga inusitada, sin pararse, resintiéndose así a veces el equilibrio y la construcción. He ahí la desigualdad de sus pinturas: unas de logro altísimo, otras inquietantes e incompletas. No se envanecía; descontento, en lucha consigo mismo, cuantas vigiliadas acompañadas por su ángel que le alentaba, exclama: "Carmen, no es esto, no es esto, a lo que yo aspiro."

Aunque Aguiar decía y repetía que todo había que supeditarlo a las leyes de la pintura, a la plástica, sus cuadros, sus composiciones, en las que la imaginación y la fantasía vuelan, están informadas siempre por ideas profundas, filosóficas, sociales y religiosas. Si no lo mostraba, José Aguiar tuvo un sentimiento hondamente religioso, sentimiento que se fue haciendo cálido y operante con el andar del tiempo. La *Santa Biblia* y la *Vida y obras de Santa Teresa* las tuvo siempre al alcance de su mano. Obras tuyas ambiciosas, composiciones de los últimos años lo aseveran: *El milagro del pan y los peces*, composición de 2,76 × 5,70 m.; *La Crucifixión*, de dimensiones parecidas; *La Apocalipsis*, mayor aún, que adquirió el Ayuntamiento madrileño, o el mural *Apoteosis de la Eucaristía*, que

con un cielo de ángeles prodigioso ha dejado sin terminar, aseveran, digo, aquella fe religiosa que le acuciaba quemándole. Mas humano fue, muy humano, y tuvo, como no, caídas y flaquezas. Suele ser así el temperamento del artista y así la humanidad lo toma. Es tanta la energía y el fuego propio que consume en lo que a los demás deja. Su obra. Aguiar se ha consumido, ardientemente, cayendo y elevándose, siempre con un alto sentido de la dignidad humana. Nunca pensó en la muerte. Sólo hace tres días le dijo a Carmen: “Me muero”. Y se nos ha ido, mas su alma nos sobrevuela y su obra le hará permanecer vivo.

* * *

Seguidamente el señor Segura lee la siguiente cuartilla:

“En poco espacio de tiempo tenemos varias sesiones necrológicas, la de hoy dedicada a nuestro Aguiar, y digo nuestro porque considero que la Academia es una gran familia y como todas con sus polémicas y diversidad de pareceres, pero en estos momentos nos unimos en un mismo pesar. A Aguiar lo conocí hace ya muchos años, antes de nuestra guerra. El primer contacto artístico que tuvimos fue en una exposición celebrada en el Retiro, Pabellón de Velázquez, ésta era de los Concursos Nacionales con el tema del traje típico español. Obtuvo el primer premio con un gran lienzo titulado: *Mujeres del valle de Ansón*; esta obra se encuentra en el Museo del Traje. Es un cuadro de varias figuras de mujer con sus sayones verdes, muy distintos en su forma de hacer a la que empleó después de nuestra guerra. El no estaba muy satisfecho con ella aunque yo siempre se la elogíé.

El verdadero Aguiar se nos muestra en el cuadro de gran composición titulado: *Glorificación del héroe o de los héroes*; es una obra de gran ambición, donde el desnudo, tema que tanto ha tocado, y los ángeles son motivos primordiales de la composición, siempre dinámica nada es estático, con una gran riqueza de color. A partir de aquí Aguiar posee una profundidad inaudita en todos sus temas, procurando que lo terrenal, dentro

de su dramatismo, encuentre siempre la elevación de lo sublime. Creo que sus cuadros y por lo tanto su obra está muy cerca de Unamuno y de Wagner, como Zuloaga estuvo próximo a Baroja, cuando toca la naturaleza muerta, aquí, se muestra en un cromatismo extraordinario, su paleta es una explosión de color donde los peces, manjares o flores asemejan piedras preciosas en un lírico aleteo de emoción y sensualidad. No podemos olvidar su obra del Cabildo Insular de Tenerife. Hace poco la pude admirar; está hecha al encausto, técnica que ha empleado mucho. Esta forma de hacer da motivo para acumular una gran riqueza en su textura con su infinidad de matices cromáticos.

El perfil humano de Aguiar es bien conocido por todos nosotros. Confieso que ha sido el pintor más intelectual de nuestra época; sus numerosas intervenciones en la Academia siempre han sido demostrativas de su afán de justicia, con su dialéctica no exenta de apasionamiento. Entiendo que todo artista tiene que ser apasionado como él lo fue para que su obra vaya impregnada de la aspiración de eternidad, vanidad muy humana pero retardada porque se está ausente. En las numerosas charlas que tuvimos siempre en estos últimos años le notaba cierta amargura y aislamiento. Comentábamos con frecuencia que lo importante es la obra y no perder nunca la fe en sí mismo, tanto es así que se puede decir que ha muerto con el pincel en la mano y no olvidando nunca la fórmula goethiana: "Tened en cuenta la realidad, pero apoyad en ella un solo pie", que ahora lo ha desprendido hacia otra vida de inmortalidad."

